

Encontrada:

Sentía el agua ondeando debajo de mí. Estaba flotando, rodeada de mar por todos lados. El pelo alrededor de mi cabeza como láminas de oro iluminadas por el sol. Mi camiseta y mis pantalones se pegaban a mi cuerpo. Pero, pese a estar mojada, no sentía frío. En cambio, un calor me rodeaba abrazándome tiernamente. Esbocé una sonrisa, no como cualquier otra, sino una verdadera, de las que expresan, firmemente, alegría. Abrí los ojos. Un cielo de un azul intenso con una bola amarilla que al mirarla dolían los ojos. Volví a cerrarlos. Sentí entonces que me arrancaban algo, y al volver a mirar hacia arriba... oscuridad.

Entendí entonces que había estado soñando y que mi despertador me había vuelto a quitar la libertad. Me incorporé, puse los pies descalzos sobre el frío suelo y anduve como cualquier mañana, hacia el espejo que había frente a mi cama. Esperaba ver por fin mi rostro en él. Me puse delante, mirándome los pies, y al alzar la cabeza y mirarme a la cara, nada. No veía nada, era otra mañana cualquiera, nada había cambiado. Me arreglé dispuesta a ir al instituto. Un paso fuera de mi casa y la pesadilla de este nuevo día había comenzado.

Al llegar al instituto, tomé asiento. Ya sentía las miradas haciéndome cosquillas en la nuca. Oía los cuchicheos y las risotadas. Hoy la profesora llegaba pronto, menos mal. Pero no venía sola, una niña la acompañaba de la mano. Su cara, con cicatrices. No sabía que fuese a venir alguien como yo. Hora del recreo, me disponía a coger mi bocadillo, cuando una mano se plantó en mi espalda. Me giré y mi nueva compañera estaba allí, mirándome. Me alzó una mano, pidiéndome que pusiera la mía sobre la suya. La puse desconfiando. Me miró, y me dijo: “Sé por qué estás pasando, pues yo me acabo de mudar aquí por el mismo motivo”. No sabía qué quería decir, menos mal que me lo dijo muy claro: “¿Quieres ser mi amiga?”. En ese mismo instante, me olvidé de todo, me olvidé de los que me hacían la vida imposible y una sola puerta se alzaba sobre mí, la de tener una amistad otra vez desde mucho tiempo. En

mi mano estaba abrirla o quedarme allí mirándola. Claro que tenía que abrirla: “Sí, quiero ser tu amiga”.

Ahí comenzó mi amistad, la niña que me cambiaría la vida estaba ahí, mirándome. Todos los días íbamos juntas, nos entendíamos. Juntas aprendimos a ser fuertes y a apartar de nosotras todas las frases que nunca hemos querido oír.

Me di cuenta de cómo cada día que me miraba al espejo, veía una nueva pieza de mi rostro.

Cada una encajaba como un puzzle con la anterior.

Hoy desperté, con entusiasmo y alegría, me asomé al espejo, y la pieza nueva de hoy se llamaba felicidad.

~Marta Viladés Leblitz~